



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE



P^a Ntra. Sra. Reina del Cielo • Año IV, N^o 27, 18 de abril de 2010

Juan 21, 1-19

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: - Me voy a pescar. Ellos contestan: - Vamos también nosotros contigo. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: - Muchachos, ¿tenéis pescado? Ellos contestaron: - No. Él les dice: - Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: - Es el Señor. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red de los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: - Traed de los peces que acabáis de coger. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: - Vamos, almorzad. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: - Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le contestó: - Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: - Apacienta mis corderos. Por segunda vez, le pregunta: - Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Él le contesta: - Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: - Pastorea mis ovejas.

¹⁷ Por tercera vez, le pregunta: - Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si le quería y le contestó: - Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: - Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: - Sígueme.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: [Irena Sendler](#)

CONFIRMAR LA FE: [El silencio de Dios](#)

TESTIMONIO

IRENA SENDLER: Fallece «una de las más heroicas salvadoras católicas del Holocausto» Irena Sendler, conocida como «el ángel del Gueto de Varsovia» por haber salvado del Holocausto a 2.500 niños judíos, falleció este lunes en Varsovia a la edad de 98 años.



Irena era una asistente social polaca quien organizó y dirigió un grupo de más de 20 personas para salvar de la muerte segura a esos pequeños en ese barrio de la capital polaca bajo la ocupación nazi. Como ella explicó después, pudo realizar esta labor gracias a la ayuda de religiosas polacas.

Irena Sendler nació en Polonia en 1910. Cuando Alemania invadió el país en 1939, Irena era enfermera en el Departamento de Bienestar Social de Varsovia el cual llevaba los comedores comunitarios de la ciudad.

En 1942, con la designación de un área cerrada para alojar a los judíos, conocida como el «Gueto de Varsovia», las familias judías (padre e hijos), sólo podían esperar una muerte segura.

Irena se unió al Consejo para la Ayuda de Judíos organizado por la resistencia polaca, explica la Fundación Wallenberg en su biografía enviada a Zenit. Logró obtener un pase del Departamento de Control Epidémico de Varsovia para poder ingresar al gueto en forma legal. Persuadir a los padres de separarse de sus hijos era una labor horrorosa para una joven madre como Irena. Sólo podía garantizar que morirían si se quedaban. «En mis sueños, todavía puedo oírlos llorar cuando dejaban a sus padres», decía después.

Tampoco era fácil encontrar familias que quisieran dar cobijo a niños judíos. Comenzó a sacar a los niños en ambulancias como víctimas del tifus, después tuvo que utilizar cestos de basura, cajas de herramientas, cargamentos de mercancías, bolsas de patatas, ataúdes...

El rescate de un niño requería la ayuda de al menos diez personas. Los niños eran primero transportados a unidades de servicio humanitario y luego a un lugar seguro. Luego les buscaba ubicación en casas, orfanatos y conventos. «Envié a la mayoría de los niños a establecimientos religiosos», recordaba. «Sabía que podía contar con las religiosas».

El único registro de sus verdaderas identidades de los niños lo conservaba en frascos enterrados debajo de un árbol de manzanas en el patio de

un vecino, frente a las barracas alemanas. En total, los frascos contenían los nombres de 2.500 niños.

El 20 de octubre de 1943, Irena fue detenida y encarcelada por la Gestapo. Era la única que sabía los nombres y las direcciones de las familias que albergaban a los niños judíos y soportó la tortura para no traicionarles. Le rompieron los pies y las piernas. «Pero nadie pudo quebrar su voluntad. Irena pasó tres meses en la prisión de Pawiak donde fue sentenciada a muerte».

Mientras esperaba la ejecución, un soldado alemán se la llevó para un «interrogatorio adicional». Al salir, le gritó en polaco «¡Corra!». Al día siguiente halló su nombre en la lista de los polacos ejecutados. Irena continuó trabajando con una identidad falsa.

Al finalizar la guerra, Irena desenterró los frascos y utilizó las notas para encontrar a los 2.500 niños que colocó con familias adoptivas. Los reunió con sus parientes diseminados por todo Europa, pero la mayoría había perdido a sus familias en los campos de concentración nazis.

Los niños sólo la conocían por su nombre clave Jolanta. Pero años más tarde, cuando su foto salió en un periódico, tras ser premiada por sus acciones humanitarias durante la guerra, fue reconocida por muchas de las personas a las que salvó.

En 1965 recibió el título de Justa entre las Naciones por la organización Yad Vashem de Jerusalén y en 1991 fue declarada ciudadana honoraria de Israel.

CONFIRMAR LA FE

EL SILENCIO DE DIOS

(Extractado de un artículo de Félix Arbolí)

En "Portada" he leído un bonito y oportuno comentario de nuestra asidua amiga y lectora Amparo Tos Boix, en el que dice **que "el silencio tiene tantas caras como un diamante bien tallado"**. Y cita diferentes tipos de silencio: el que se guarda al comienzo de una obra sinfónica, película o función religiosa; el del hogar cuando duermen los críos y se inicia ese espacio mágico y confidencial entre marido y mujer; el que se percibe ante la inmensidad y soledad de la Naturaleza o el que sólo se rompe por el simple murmullo de las olas del mar. También habla de los silencios negativos como el de la cobardía, el egoísmo, la indiferencia y el que calla y otorga que se vulnere el derecho a la vida del concebido negándole la oportunidad de nacer. Pero he echado de menos entre sus silencios el silencio de Dios.



Hay una antigua leyenda noruega sobre un tal Haaken, que tenía la costumbre de detenerse a rezar ante una vieja talla en piedra de un Crucificado muy milagroso, que se hallaba en las cercanías de un transitado camino. Casi todo el mundo se detenía ante Él para orar y pedirle favores. Haaken solía permanecer grandes ratos rezando ante Él y cierto día, impulsado por su profundo sentimiento religioso le pidió un favor muy especial: **- "Quiero padecer por Ti y reemplazarte en la cruz"**. Y ante la insistencia de su ruego Cristo accedió, aunque con la condición de que permaneciera en silencio y sin intervenir sucediera lo que sucediera.

.« Os lo prometo, Señor". Y se efectuó el cambio y nadie se dio cuenta. Pasó un hombre rico que tras rezar brevemente se fue dejando olvidada una bolsa con dinero. Haaken lo vio, pero calló. Tampoco dijo nada cuando luego llegó un pobre que, al ver la bolsa abandonada, la cogió y se fue contento, creyéndolo un milagro del Cristo. Ni más tarde cuando se acercó un joven y le pidió su protección pues iba a realizar un largo viaje. Iba a marcharse ya, cuando regresó el rico a recuperar su olvidada bolsa y, no hallándola, acusó al joven de ladrón e, iracundo, arremetió furioso contra él. En ese instante, proveniente de la cruz, sonó una voz potente: **- detente-** Asustado al sentir que la voz que le increpaba por su falsa acusación, procedía del Crucificado huyó despavorido. Haaken había roto su prometido silencio. El joven liberado de su furioso adversario marchó a toda prisa y pudo llegar a tiempo para emprender su larga travesía.

- "¡Baja, hijo mío! No has podido guardar silencio y por ello no sirves para ocupar mi puesto".

- ¡Pero Señor, ¿Cómo iba a permitir esa injusticia?

- "Ese dinero que olvidó el hombre rico era el precio que iba a pagar por la virginidad de una

mujer y al pobre que se lo encontró le vino muy bien porque remediaba sus angustiosas necesidades. Respecto al joven, de haber sufrido la paliza, no hubiese podido emprender ese viaje que le ha sido fatal, porque el barco ha naufragado y él ha perdido la vida. Tú no sabías nada, pero yo sí. Por eso callo tantas veces ante lo que puede parecer una injusticia".

Pienso que muchas veces el silencio es la mejor respuesta de Dios a nuestros problemas y sufrimientos, porque desconocemos sus razones y porque sus designios son inescrutables. Su silencio es mucho más elocuente que el de la Naturaleza o el del mismo hombre, aunque sus efectos nos sorprendan y, a veces, nos confundan. Él sabe siempre lo que debe hacer, aunque no nos demos cuenta o no podamos comprenderlo.